

**NÚMERO
ESPECIAL**

Todo sobre Molloy

***WOMEN'S WRITING IN LATIN
AMERICA: AN ANTOLOGY***
**SYLVIA MOLLOY, SARA CASTRO-KLARÉN
Y BEATRIZ SARLO (EDITORAS)**

Ignacio Repetto

Universidad de Buenos Aires (UBA)

Estudiante de grado de la Licenciatura en Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA)

Contacto: ignaciorepetto@gmail.com

En el prefacio de este contundente volumen que firman en conjunto las autoras, se asimilan las vicisitudes del coleccionista de libros, atravesado por la mirada de Benjamin, con las ocupaciones de quien confecciona antologías. La secuencia aleatoria de nombres de la biblioteca personal, el prolijo listado del índice sobre el que finalmente se resuelve la publicación, son sitios de cruce entre el criterio y la experiencia íntima de lectura, entre el juicio y el afecto. También, son el lugar de felices encuentros, de ‘iluminaciones’ que, por efecto de contigüidad, liberan nuevos sentidos, introducen nuevas series que, a su vez, exigen la formulación de nuevos interrogantes. Elaborar una compilación, subrayan las tres críticas, implica, además, poner en movimiento, poner en circulación, compartir, en fin, las inquietudes individuales de modo que puedan convertirse en proyectos colectivos.

El propósito declarado, en este caso, es ofrecerle al lector en inglés un corpus aumentado y enriquecido de la “escritura” de mujeres en América Latina a lo largo del siglo XX, así como también encadenar estas producciones, en apariencia aisladas, de modo de resaltar su insoslayable relevancia. Hacer de la escritura, y no de la literatura, el concepto articulador es una decisión que condiciona y afecta a cada uno de los textos antologados. Desde ya, desplazar la categoría de lo ‘literario’ supone una operación que tiene como mira la inclusión y la puesta en valor de autoras tan diversas como Domitilia Barrios de Chúngara y Rigoberta Menchú que, de otra forma, hubieran permanecido al margen, desatendidas. Como reverso, las obras de Clarice Lispector y de Gabriela Mistral, en el centro de sus respectivos cánones nacionales, no resisten, ahora, a ser interpeladas en función de su carácter testimonial. Al tiempo que se nivelan en un mismo plano las “mujeres que escriben” y las “escritoras”, se ponen en contacto textos provenientes de la tradición en lengua castellana y lengua portuguesa, en una variedad de géneros que atraviesa los ismos y las generaciones. Si el espectro abarcado resulta amplio en su ambición, se debe al deseo de recomponer un escenario para la escritura de mujeres rico en su heterogeneidad, y estimulante en su complejidad.

A cargo de Sara Castro-Klarén, el primer apartado de los tres que puntúan el recorrido del libro se titula “Mujeres, yo, y escritura”¹, y examina la tensa relación entre las escritoras y sus propios textos. En diálogo con los ensayos “Literatura y mujeres en América Latina” de Elena Poniatowska y

¹ Esta y las demás traducciones del inglés me pertenecen.

“Un intento de autocrítica” de Rosario Castellanos que selecciona, por caso, a Castro-Klarén le interesa indagar acerca de la identidad del sujeto de la enunciación. Con este fin delinea “siete posiciones entre escritora y escritura” (5), siete configuraciones tentativas, que se reconocen en los textos y que sirven para pensar junto con ellos.

Como primer modelo para conceptualizar la escritura de mujeres, Castro-Klarén postula una relación especular entre la escritora y los libros de otras autoras que ha leído, en los cuales encuentra una imagen de su proyecto de escritura. En una línea análoga, se colocan también a las escritoras que encaran una reapropiación conflictiva del canon literario “conscientes de su vulnerable posición femenina ante la abrumadora masculinidad del legado patriarcal” (15). Sus programas no pretenden descartar ninguna tradición; más bien se trata de cuestionarlas y ponerlas en jaque, así como lo entiende Nérida Piñón en la entrevista titulada “La contaminación del lenguaje”. Al igual que lo refuerzan Poniatowska y Lygia Fagundes, en escritos separados, la escritora brasileña descrea de un lenguaje único e identificable para la mujer, pero sí considera que se debe combatir la obligada amabilidad y ‘dulzura’ en la expresión femenina que los hombres exigen. Esta tercera configuración que concibe a la escritura como un testimonio involuntario de la condición de la mujer latinoamericana, posee estrechos vínculos con otras dos posiciones, tendientes a reflexionar acerca de la praxis misma. Escritoras como Lispector, hacen hincapié en la importancia que supone el dominio de la técnica para indagar en la delicada relación entre el signo y la experiencia, mientras que, por su parte, Diamela Eltit ensaya poner en escena la constitución lingüística de la mujer como sujeto en su novela *Lumpérica*.

A estas conceptualizaciones porosas propuestas por Castro-Klarén, se agrega el modelo de escritora que descubre el “placer de la palabra” (9) por medio de la voz de la madre. La transmisión de la lengua materna que se escenifica en “La madre ausente” de Mistral, por de pronto, reafirma que la filiación con el lenguaje se rige por un principio femenino, a la vez íntimo y corporal. Sin embargo, Castro-Klarén opone la escritura fundada en estos términos al “malinchismo” (12) que guía la producción de otras escritoras. La maternidad, en la obra de Castellanos y de Rachel de Queiroz es un mandato cruel y tenaz que debe ser traicionado para liberar el deseo.

De la segunda selección se ocupa con agudeza Sylvia Molloy, quien reúne textos de “mujeres que fueron y que son escritoras de profesión” (107) bajo el título “Identidades textuales femeninas: las estrategias de la autfiguración”. Si bien no todos los fragmentos se inscriben en el género autobiográfico, Molloy insiste en que es posible identificar una “autorrepresentación marcada por género” (108), dado que la escritora latinoamericana en tanto figura pública, aún se encuentra atada a una realidad inestable. Desde su emergencia en los albores del siglo, la intelectual mujer no

solo tuvo que sortear el peso de la doble marginalidad, sino que, para Molloy, también encaró una doble tarea creativa: desviarse de los roles autorales limitados y revisar las figuraciones de lo femenino.

Para alcanzar esto último, para construirse como sujetos en sus propios textos, las escritoras han tenido que adoptar distintas ‘estrategias’ a partir de las cuales se articulan los textos de esta sección de la antología. La “tanatografía” o la inscripción institucional anticipada en los poemas “Curriculum Vitae” de Blanca Varela o “Borrada” de Alfonsina Storni, para Molloy obedece a la necesidad de cada escritora de “ritualizar su trazo” (110), de oficiar su muerte autoral, al tiempo que se ironiza sobre estos mismos procedimientos. En la misma línea, otra operación frecuente es la “calculada reapropiación” (115) de la biografía de la escritora, generalmente exaltada en su carácter extraordinario y excepcional, que quita atención de la obra publicada. Por caso, Molloy señala la manipulación que ha hecho Gabriela Mistral de su propia vida para hacer valer el perfil de pedagoga ejemplar que la crítica ha asimilado, favoreciendo partes de su producción por sobre otras—predilección sobre la cual la antología inteligentemente opera, traduciendo al inglés poemas hasta entonces ignorados.

Respecto de la fragmentación del cuerpo que produce la mirada masculina fetichista, en los poemas de Delmira Agustini y de Ana Cristina César, se trazan vías para elaborar la experiencia erótica femenina, repetidamente negada. Por último, en la escritura de mujeres, la figuración del ámbito doméstico implica una problematización del su papel en el hogar. Como desarrolló acerca de Norah Lange, en su libro *At Face Value. Autobiographical Writing in Spanish America*, editado en el mismo año que esta compilación, Molloy considera que la casa de la infancia se revisita con ojos extrañados, acontecimiento que se traduce en una sensación de destierro presente en la obra de Margo Glantz y Tamara Kamenzain.

La tercera y última parte de la antología, “Mujeres, historia e ideología”, la presenta Beatriz Sarlo con un lúcido ensayo acerca de la emergencia de la mujer como sujeto político en América Latina a lo largo del siglo XX. En la genealogía que traza, desde sus inicios, la lucha por conquistar espacios en el ágora público supuso el despliegue de estrategias de carácter reformista, antes que revolucionario. Impulsado principalmente por las madres e hijas de los sectores medios, el “modelo pedagógico” (233), como lo llama Sarlo, les sirve a las mujeres para conceptualizar su participación política en las primeras décadas. La ocupación exitosa de cargos educativos, aunque habilitados por y subordinados a una autoridad masculina, amplía el acceso de las mujeres a la enseñanza, al tiempo que vuelve aceptable el desplazamiento del modelo a otros ámbitos. Sin entrar en un conflicto abierto con el mandato patriarcal, los roles adoptados atraviesan un “proceso

de resignificación y refuncionalización” (235) que supone un avance inevitable sobre las esferas de la sociedad.

Este modo de manifestación se encuentra estrechamente atado a uno de los tres “estilos”, una de las tres tendencias que, según Sarlo, producen las mujeres cuando se insertan en el debate ideológico. Nucleadas en torno a partidos y asociaciones civiles a la vez, las mujeres que suscriben a la “política como razón” (238) conciben a la actividad como un conjunto de tácticas y operaciones fundadas en el conocimiento que persigue metas definidas objetivamente. Para Sarlo, corresponde, por tanto, interrogar los textos de exponentes como Paulina Luisi y Alicia Moreau de Justo que se compilan, a fin de entender las formas que adquirieron para expresarse.

Puede pensarse que los fragmentos de *La razón de mi vida* que se incluyen a continuación de las anteriores sirven como tránsito hacia el segundo estilo teorizado, la “política como pasión” (240). Aunque en el sintagma la ‘vida’ todavía se encuentra subordinada a la ‘razón’, se vuelve reconocible una concepción de la política anclada en la intuición, el sentimiento y la experiencia personal. Más paradigmáticos de la “estrategia bricolaje” (240), a partir de la cual el malestar privado se vuelve visible, resultan los escritos de Carolina María de Jesús. En ellos, la denuncia de las injusticias que vocea en tanto madre invierte la carga semántica que adjudica valores tradicionales a su rol. Este modo de participar, libre de ataduras partidarias, se aproxima a la espontaneidad con la cual Sarlo define a la “política como acción” (242). El tercer estilo delimita las intervenciones empeñadas en hacer valer un derecho o un reclamo, cuya urgencia supedita la forma de organización. Las “Antígonas modernas” (242), como Hebe de Bonafini, constituyen sus filas, y ocupan el espacio público con firmeza, pero sin violencia, mientras recurren a la autobiografía y a la entrevista para reconstruir sus vivencias.

Para cerrar, corresponde señalar que, a treinta años de su aparición, el impulso crítico detrás de esta antología permanece vigente. Puesta a un lado la lente de la literatura, la mirada se vuelve más amable y paciente, democrática en su consideración de otras discursividades, de otras subjetividades, por lo general desestimadas. Como consecuencia, los conceptos y las articulaciones que adelantan Castro-Klarén, Molloy y Sarlo no componen coordenadas estéticas, sino que, más acá de la vida, tienden lazos entre la escritura y el cuerpo, la expresión y la estrategia, el pensamiento y la política. Lejos de todo esencialismo, la escritura de mujeres en América Latina se lee en función de su capacidad por reinventar la propia práctica, y de hacer con ella un mundo habitable.